

LECCIONES DEL CORONAVIRUS

Nuestra especie se ha autocalificado como *sapiens*, pero todos sabemos el trabajo que cuesta ejercer este calificativo, especialmente si de cambiar el núcleo cultural básico que alumbra nuestra vida se trata. A nivel personal, con cierta experiencia vital, ya hemos comprobado lo que facilita esta tarea el encontrarse enfrentado a alguno de los abismos ante los que la vida nos sitúa, normalmente sin pedir permiso; no hay nada como el vértigo que se siente en su cercanía para replantearse cuestiones verdaderamente importantes. A nivel social, acaso ocurra lo mismo, por lo que la actual situación de pandemia global representa una oportunidad, contemplada desde este punto de vista. Esta visión del devenir humano como progreso inteligente puede ser el único *haber* que quede después del *debe* aterrador que ya estamos pagando como especie.

¿Cómo sale la ciencia de esta revisión? ¿Qué puede aportar a cuestiones que normalmente se plantean en el ámbito moral o político? ¿Tiene poder de salvación la ciencia o hay que dejar que esa facultad, que mitiga la esencial vulnerabilidad que nos constituye, sea cubierta por otras instancias culturales? ¿Qué puede aportar la razón como guía de lo humano?

Nuestro aparato emocional, sentimental y cognitivo ha sido el resultado de una evolución que básicamente cristalizó en una vida de cazadores recolectores reunidos en pequeños grupos. De aquí derivan algunos de nuestros rasgos más nobles: una curiosidad ilimitada, que ya no se acaba en un horizonte de especie dado, porque, para los *sapiens*, esa frontera no tiene una existencia definida; una vida social que, en estos días de confinamiento, estamos recolocando en el lugar de privilegio que acaso habíamos olvidado, precisamente por estar garantizada; una fuerte tendencia a la cooperación con nuestro grupo de referencia; una riqueza de emociones y sentimientos que devienen complejos por su alianza con un lenguaje y una razón que nos dotan de un acceso impersonal y abstracto al mundo; como consecuencia de esta última capacidad, una necesidad de relatos fundadores que llenan el vacío de definir lo que somos. Ser humano consiste, desde este punto de vista, en depender de una narrativa que establezca en qué consiste ser humano. Pero también algunos de los peores: un sentimiento tribal que degrada y bloquea nuestra empatía y generosidad exclusivamente al servicio de lo *nuestro* (de lo definido como nuestro por alguna de las narraciones que hemos asumido como constituyentes); un fanatismo que devalúa cualquier otro relato fundador sobre la realidad, que puede ser tanto más violento y excluyente cuanto mayor sea la conciencia de ser uno más entre otros posibles; una preponderancia del presente y del futuro inmediato sobre un futuro más dilatado, a medio o largo plazo.

Uno de esos relatos, uno de los de mayor jerarquía cultural, es aquel que nos hace integrantes de una nación determinada que, como tal, ejerce una soberanía nacional. El querer imponer esa soberanía a otras rivales ha dado lugar a una historia europea de la que no podemos estar muy orgullosos, por razones ya bien conocidas. Pero, como cualquier otro instrumento cultural, que presenta ambivalencia de resultados, la soberanía nacional ha servido también para proclamar la dignidad de toda la ciudadanía bajo su amparo, sin exclusión, algo que podemos calificar sin duda como avance. ¿Cómo queda la soberanía nacional en tiempos de coronavirus? ¿Es soberano un país para adoptar políticas sanitarias que pueden perjudicar seriamente a otros? ¿Acaso el virus tiene pasaporte o sentimiento de pertenencia nacional?

¿Podemos permitirnos el lujo de ser indiferentes a que, por ejemplo, África carezca por completo de sistemas sanitarios capaces de atender a su población o estructuras capaces de frenar la propagación de un virus, teniendo en cuenta que, finalmente, nos llegará rebotado? Acaso estemos sintiendo fuertemente en la práctica algo que ya sabíamos, aunque sólo en teoría: ya ha emergido un ámbito global, integrado por la tupida red de relaciones que traman la comunidad internacional. Pero ese espacio común de todo lo humano carece de órganos rectores, de autoconciencia, de sentimiento de unidad para abordar el futuro, de una identidad que permita al nuevo *nosotros*, la humanidad en su conjunto, el diseño y planificación de un gobierno racional.

Para abordar problemas de índole claramente global se necesitan poderes globales, constituidos sobre relatos fundadores de una humanidad universal, instituciones globales, objetivos globales, impuestos globales al servicio de políticas globales. El Movimiento Ilustrado ya se dirigió a la Humanidad, su declaración de derechos lo fue del Hombre y del Ciudadano en general, su perímetro cultural era el mundo; no es de extrañar que entre sus seguidores se encontraran multitud de científicos y que la ciencia fuera privilegiada como expresión cultural singular durante la Ilustración. La ciencia es universal y compleja, exactamente los mismos rasgos que definen la red global en la que se sustancia nuestro futuro como ciudadanos del mundo; por esto debe ser una especie de esperanto ideológico, ya lo está siendo en estos días difíciles en los que multitud de grupos de investigación, en todo el mundo, están intentando luchar contra la enfermedad. Pero, ¿quién los coordina? ¿Cómo asegurar que una competencia entre equipos e incluso empresas privadas, que en otro contexto puede ser sana, ahora no está limitando nuestra capacidad de respuesta? ¿Quién nos pone de acuerdo contra un objetivo común? ¿Cómo poner límite al egoísmo que exige salvar a la propia tribu, independientemente del resto? Ya hemos visto a un líder político muy importante haciendo gestiones para conseguir una vacuna en exclusiva para su nación. Y a otro, culpabilizando a ciertos europeos del contagio y sus consecuencias para así lavarse cómodamente las manos, suponemos que con gel hidroalcohólico. Incluso, a nivel nacional, a políticos de ciertas comunidades poniendo trabas al ejercicio de la solidaridad con otras comunidades. ¿Adónde conduce esta retahíla de despropósitos? Ninguna nación podrá declararse *first* de nada porque la globalización hace que ya dependa fuertemente de las demás. Ningún país podrá negar su responsabilidad de solidaridad porque el siguiente en necesitarla puede ser él mismo. Ninguna comunidad regional puede pretender ser sujeto de derechos y a la vez estar libre de obligaciones. Y esto que se predica de la crisis del Covid-19 puede extenderse igualmente al cambio climático, a los desequilibrios ecológicos, a la existencia de paraísos fiscales que depredan las fiscalidades honestas de los demás, a los desequilibrios en bienestar y oportunidades que dan lugar a flujos migratorios descontrolados y a un largo etcétera.

Pero la respuesta ya está disponible en el acervo científico. La denominada *Teoría de los Juegos* ha demostrado, incluso matemáticamente, que la cooperación produce más bienestar y mejores resultados que lo que se conoce como lucha *hobbesiana* (en la que los humanos nos comportamos como lobos unos frente a otros). Este resultado no es ingenuo: la propia teoría establece que para que confiemos en el resto de cooperantes, se necesitan mecanismos de control y sanción contra las conductas insolidarias, algo que ya hacemos a nivel nacional con mejor o peor eficacia. La propia teoría citada divide los *juegos*, situaciones conflictivas en las que se sustentan intereses de individuos o grupos completos, en dos categorías: los juegos de

suma cero, en los que un actor se beneficia mientras otro es perjudicado en la misma medida, y los juegos de suma mayor que cero, en los que ambos actores salen beneficiados de la interacción. Para entendernos: relaciones de dominio frente a relaciones civilizadas y libres, de mutuo beneficio. Ya sabemos que casi toda la Historia de nuestra especie se ha escrito como un juego de suma cero; incluso a nivel personal, la relación entre hombres y mujeres ha sido tradicionalmente asimétrica. Ahora que teníamos una especie de simulacro de legalidad internacional y una decretada igualdad de derechos entre ambos sexos (al menos en algunos países civilizados), una ola de líderes populistas, normalmente varones y machistas (¿será casualidad?), han alcanzado el poder, prometiendo volver al viejo egoísmo del *primero yo y después yo también*, y han sido votados para esa política por votantes tan deseosos de egoísmo como su mismo programa. ¿Cuál ha sido hasta ahora el balance de este enfoque simplista de la realidad emitido por líderes simplistas frente al coronavirus? Se diría que patético, no hay más que seguir sus declaraciones.

Es el momento de plantear instituciones globales, gobernadas por líderes racionales y razonables, que persigan objetivos para toda la humanidad en su conjunto, porque este es el ámbito del problema y de la solución. Ningún país aislado, por muy poderoso que sea, puede contener y controlar una pandemia. La cooperación internacional intensificada es el mecanismo que nos puede salvar de esta situación y de otras similares. El filósofo italiano Luigi Ferrajoli habla estos días de una *Constitución de la Tierra*, que suena como un eco actualizado de aquella federación de estados con la que Kant pensaba que era posible una paz perpetua. ¿Le queda otra alternativa al mundo que ese sueño de Kant? ¿Todavía no tenemos suficiente dosis de destrucción y muerte como para dar ese salto sobre el abismo de la historia pasada y adoptar un relato cultural fundador de carácter universal?

En este mundo global, la ciencia y la investigación científica deben ser los herederos, también en términos de recursos, del enorme gasto que hacemos en el capítulo militar. En un mundo pacificado y cooperativo, podemos dedicar nuestras energías a los enemigos comunes, que ahora todavía se mueven libremente amparados por la cortina de la oscuridad; uno de ellos es, indudablemente, los agentes patógenos. Para hacer fuerte nuestro conocimiento, no se trata de definir objetivos parciales y hacer investigación aplicada dirigida a su consecución. La experiencia nos muestra que cualquier programa de ciencia aplicada se fundamenta en la ciencia básica. Hay que volver a la curiosidad ilimitada por el entorno, propia de los cazadores recolectores, aunque ahora ese espacio de interés es la Naturaleza toda. Cualquier avance científico es valioso por sí mismo y, con este enfoque, el número de herramientas para nuestro bienestar será mayor que si sólo nos interesamos por la utilidad inmediata. Un ejemplo, en relación al coronavirus, lo atestigua. Actualmente se está investigando a marchas forzadas la estructura del virus y la forma que tiene de unirse a nuestras células. Este objetivo se está consiguiendo con una técnica denominada *Cristalografía de rayos X* que no fue desarrollada con esta finalidad específica. Su desarrollo fue producto de la ciencia básica y ahora está permitiendo un conocimiento estructural muy preciso de cómo el virus nos infecta. Está claro que, más pronto que tarde, este conocimiento va a conducir al desarrollo de antivirales eficaces que se traducirán en tratamientos que podrían haber salvado todas las vidas que ya a día de hoy se han perdido. Si hubiéramos dedicado los medios necesarios...

Pero la ciencia no es sólo el camino para la solución concreta a este problema, también lo es porque promueve, junto a otras muchas disciplinas de conocimiento y artísticas, no tiene ninguna exclusiva en este sentido, el pensamiento complejo y crítico que tanto necesitamos para el salto de mentalidad que se propone: el desarrollo de una cultura universal y de una arquitectura institucional que también lo sea. Un mundo donde sea posible el sueño ilustrado de una paz perpetua, aquel en el que la única lucha que merezca la pena desarrollar es la que establezcamos contra nuestras propias metas.

Antonio J. Lechuga Navarro